

LA POESÍA DE ALFONSO REYES (A TRAVÉS DE SU EXPERIENCIA EN MADRID)

ABDELLAH AATAR

Doctor por la Universidad de Málaga

Es considerable la invención literaria en verso que produjo Alfonso Reyes durante su experiencia en Madrid, desde 1914 hasta 1924, período que vio nacer su mayor y fructífera producción literaria¹. Se trata de un periodo posterior a la Revolución mexicana, de 1910, y anterior a la Guerra Civil (1936-1939), es decir, un periodo de entreguerras o “Entre la guerra y la revolución”, según la terminología de Luis Araquistáin². De acuerdo con ello, los poemas escritos en este periodo revelaban la atención que prestaba el poeta al mundo contextual de la ciudad de Madrid contemporánea al primer cuarto del siglo XX, una fuente de vida y fuerza que brotaban no sólo de los momentos vividos en Madrid, sino también del pasado histórico fruto de la acumulación de épocas ancestrales, hazañas emblemáticas y acontecimientos honoríficos que han iluminado el camino de la evolución de Madrid y sobrepasan los obstáculos que impedían la incorporación de la capital española a la esfera de la civilización universal. De tal manera que

¹ Alfonso Reyes, “Ejercicios de Historia Literaria Española”, en: *Trazos de historia literaria*, 1ª ed., Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951, págs., 137-147. Por otra parte, José Emilio Pacheco define la década madrileña de Alfonso Reyes de la siguiente manera: “La década que va de 1914 a 1924, o de sus 25 a 35 años, será la de su mejor período de creación y en la que se convertirá al mismo tiempo en gran escritor y en maestro de la investigación literaria.” Véase: José Emilio Pacheco, “Alfonso Reyes en Madrid (1914-1924)”, en: Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en Madrid: Testimonios y homenaje*, Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 1991, pág., 19, (19-26); en otro lugar Alfonso Reyes dice: “Trataré de España: es lo que se espera de mí. Y, puesto a escribir sobre la España que me ha tocado contemplar, me asalta, desde que comienzo, un escrúpulo: ¿he de volver sobre los eternos tópicos del viajero? ¿He de procurar, al contrario, sólo decir lo que me parezca nuevo y personal?”, véase: Alfonso Reyes: *Correspondencia de Enrique González Martínez y Alfonso Reyes*, (La carta de Alfonso Reyes fechada el 23 de abril de 1917), *Ábside*, México, XVIII, 3. Julio-septiembre de 1953., pág., 291.

² Citado en: Alfonso Reyes, “Prólogo” a *Las vísperas de España*, (Buenos Aires, Sur, 1ª ed., 1937), *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, tomo: II, 1ª ed. 1956, 3ª reimp. 1995, pág. 41, (35-268). [En adelante se utilizará la abreviatura OC para citar los distintos libros y ensayos contenidos en *Obras completas de Alfonso Reyes*].

Alfonso Reyes, uno más entre los españoles, siente la necesidad de participar en la formulación de la imagen poética de Madrid explorando legítimamente su pasado configurado en obras literarias, grabados e historias guardadas en instituciones culturales como el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y el Museo del Prado; pero también a través del contacto directo con sus coetáneos españoles, las vivencias y las amistades que va adquiriendo día a día gracias a sus relaciones frecuentes con el mundo social y popular en que se encuentra inmerso:

*Madrid que cambias luces con las horas:
Madrid, nerviosa exhalación de vidas:
con ímpetu de lágrimas golosas
interrogo la cara de tus días.*

“Madrid que cambias...”³

La colección de los poemas escritos durante la época madrileña de Alfonso Reyes consta de cuarenta y cuatro poemas destinados, tanto a la sociedad española y al contexto histórico vivido en Madrid, como al recuerdo de su pasado inmediato marcado por el estallido de la Revolución de 1910 en México. En este contexto histórico de inestabilidad fue escrito, por ejemplo, en recuerdo de las propias raíces, el poema *La tonada de la sierva enemiga* (1913)⁴, para describir un período de transición que se está llevando a cabo en México: /Entre dientes, mal se oyen/ palabras de rebelión:/ ¡Guerra a la ventura ajena,/ guerra al ajeno dolor!/.; frente a otro mundo contextual que corresponde al entorno fraterno y solidario que caracteriza las relaciones entre el poeta y sus amigos españoles de las llamadas “Generación del 98” y “Generación del 27”. Entre el mundo

³ Alfonso Reyes, “Madrid que cambias...”, 1922, en: *Constancia poética, OC, op. cit.*, pág. 101.

⁴ Alfonso Reyes, “La tonada de la sierva enemiga”, 1913, en: *Ibid.*, págs. 67-68.

donde predomina el lenguaje duro de la guerra y la opresión en ultramar y el mundo anhelado que abre nuevos horizontes en la creación, la libertad y el mejoramiento del ser y la ficción, tanto en España como en Europa, el poeta se siente situado en el cruce de dos fuerzas opuestas: una, la que lo mantiene en permanente relación con los orígenes y el seguimiento de la evolución de los hechos políticos, sociales y culturales de su país en el extranjero; otra, la relativa a la cotidianidad y al ámbito social y cultural en que se encuentra nuevamente inmerso en el seno del Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y el Ateneo de Madrid, bajo la tutela y relación con Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Solalinde, Dámaso Alonso, Enrique Díez-Canedo, Amado Alonso, Federico de Onís, entre otros intelectuales que pusieron las bases de un nuevo pensamiento sobre la cultura y la tradición literaria y filológica en España⁵. De este modo, la influencia de los españoles, principalmente Ramón Menéndez Pidal, en el pensamiento de Alfonso Reyes es indudable como bien resalta Manuel Alvar en estas palabras: “Sería Menéndez Pidal quien viniera a descubrir lo que la tradición es en la historia literaria y no podríamos separar el saber posterior de Alfonso Reyes de la doctrina de aquel hombre al que gustó llamar *maestro* o *maestro de todos*”⁶.

⁵ Son numerosas las obras y los artículos escritos sobre el decenio español de Alfonso Reyes, como por ejemplo: Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Tomo: XL, Nº 2, El Colegio de México, 1992, págs. 959-987; M. Andueza, “Presencia de Alfonso Reyes en Madrid”, *Cuadernos americanos*, Ser. III y IV, Nº 22, IV, Julio – Agosto, 1990, págs. 25-33; José Carner, “Alfonso Reyes y España”, en: *España peregrina*, (José Bergamín: Director, Juan Larrea: Coord. Mensual), Nº 1, Febrero de 1940, págs. 37-38; Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en Madrid: Testimonios y homenaje*, Fondo Editorial Nuevo León, 1ª ed., Monterrey, 1991; Rafael Gutiérrez Girardot, “Alfonso Reyes y la España del 27”, en: Guadalupe Fernández Ariza, (Coord.), *Literatura Hispanoamericana del Siglo XX: Mimesis e iconografía*, Universidad de Málaga, 2003, págs. 23-39; Jerónimo Mallo, “España en la obra literaria de Alfonso Reyes”, *Hispania*, Tomo: 43, Nº 2, Mayo – 1960, págs. 153-157; Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, (Compilación de Héctor Perea), Fondo de Cultura Económica, 2º ed., México, 1997; Héctor Perea, “Aguafuertes y tapices de España”, *Vuelta*, Revista mensual, México, Nº 154, Año: XIII, Septiembre de 1989, págs. 17-20; José Rodríguez Padrón, “Alfonso Reyes y el Madrid posible”, *Anales de literatura hispanoamericana*, Nº 22, Editorial Complutense, Madrid, 1993, págs. 202-218; Concha Meléndez, “Ondas españolas de Alfonso Reyes”, *Revista Hispánica Moderna*, Nº 35, tomo: 1, 1934-1935, págs. 110-111; etc.

⁶ Manuel Alvar, *art. cit.*, *Ibid.*, pág., 962.

Las transformaciones en lo imaginario y en lo real condicionan la vida del poeta, portador de los valores de la humanidad, no sólo en el México en los umbrales de la Revolución de 1910, sino también en la España recién separada de sus últimas colonias en América y en parte de África; dando lugar a un viajero cuyo estado de ánimo está dominado, de un lado, por la pena de haber dejado atrás todas sus pertenencias: */Yo de la tierra huí de mis mayores/ (¡ay casa mía grande, casa única!)/*, el deseo de recuperarlas: */Yo iré por mis natales caseríos/ como una fatalidad/*; y de otro lado, por la incertidumbre y el futuro incierto que le causó la imagen del mar al ser obligado a exiliarse en Europa: */He visto el mar. ¡Qué asombro de los barcos!/ ¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!/ Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos/ y la luz misma se desgarras en trizas/*⁷. Se trata de una visión extraterritorial que invade la espiritualidad del poeta, aislado de sus propias raíces y alejado de sus seres queridos, que recurre a la divagación en torno a la figura de la creencia más cercana, que se encuentra en el mundo real de Madrid, en busca de consuelo y amparo:

*San Isidro, Patrón de Madrid, protector de la holgazanería;
San Isidro labrador: quítame el agua y ponme el sol.*

.....
*San Isidro, Patrón de Madrid: deja que los ángeles vengan a
labrar,
y hágase en todo nuestra voluntad.*

*“El descastado”*⁸

La condición errática del poeta en España se asocia, sobre todo, a los primeros momentos de su estancia en Madrid, donde las circunstancias de penuria y de “recorridos vagos y errantes por las calles de Madrid en busca

⁷ Alfonso Reyes, “Fantasía del viaje”, 1915, en: *Constancia poética, op. cit.*, págs. 68-69.

⁸ Alfonso Reyes, “El descastado”, Guadarrama, 1916, en: *Ibid.*, págs. 70-72.

de alojamiento”, por decirlo con María Andueza,⁹ además de la voluntad de superarlas ganándose la vida (como antes Darío, se gana la vida en un humilde oficio de la pluma, en terminología de Rosario Rexach),¹⁰ desempeñan la función de unos factores principales que posibilitan su vinculación con los escritores y los poetas españoles de más relieve; permitiéndole acceder a los archivos de la historia literaria, la tradición clásica y la literatura popular y medieval de España, porque, como decía Manuel Alvar: “Hasta 1919 no se formuló de manera coherente, y definitiva, la doctrina de nuestro filólogo, (...). Alfonso Reyes sabía cuanto podía saberse; luego, coincidió en Madrid con las grandes formulaciones de la escuela española y nada le resultó ajeno”¹¹. Esta familiaridad prematura de Reyes con el panorama literario español de entonces, no hubiera podido ser posible, sino por el carácter de “este mexicano de suave sonrisa, de ademán pausado y voz en tono menor, (...)”,¹² con que se gana pronto la simpatía de sus colegas españoles; además de una actitud espiritual y una tendencia literaria, que muestra desde el principio, en tanto que uno más entre los partidarios del panorama social y literario que se está gestando a partir de la década de los veinte en España, como manifiestan estos versos del poema *Voto*:

*Te quiero para reacia,
alma temblorosa y nueva;
para sed que no se sacia;
émula en locura y gracia
de la onda que se subleva:*

“Voto”¹³

⁹ María Andueza, “Presencia de Alfonso Reyes en Madrid”, *l. c.* pág., 32.

¹⁰ Rosario Rexach, “Vivencia y experiencia literarias en Alfonso Reyes”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Tomo: LXXXIII, N° 247-249, (Agosto-Septiembre), 1970, pág., 522.

¹¹ Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, pág., 962.

¹² Rosario Rexach, “Vivencia y experiencia literarias en Alfonso Reyes”, *l. c.*, pág., 522.

¹³ Alfonso Reyes, “Voto”, Madrid, mayo, 1917, en: *Constancia poética, op. cit.*, págs. 72-73.

Sin embargo, ante la situación de la inestabilidad política, el desorden social y cierto caos ideológico y artístico, Reyes sabe que la única manera de enfrentarse a todo ello, sin llamar la atención de los detractores, radica en la denuncia del mundo contextual a través de la crítica, pero en el mundo textual, partiendo de los orígenes, de la figuración que hace la historicidad de lo real, y de la adquisición de instrumentos con la palabra para el cuestionamiento de lo actual, como bien aprendió el poeta durante la época de su formación académica, anterior a su llegada a España, cuando escribió la conferencia “Sobre la estética de Góngora” y el ensayo la “Cárcel de amor de Diego de San Pedro” en 1908, recogidos junto con otros estudios en el libro *Cuestiones estéticas* de 1911; y posterior a su entrada a España por el País Vasco y su traslado inmediato a Madrid, donde coincidió con las grandes teorías de la citada Escuela Española, y asimismo con planteamientos de la Generación del 98, también de la Generación del 27, y flujos del Modernismo, las Vanguardias, el Krausismo, el Simbolismo y el Parnasianismo, que le ayudaron a construir las bases de su universo imaginario.

De este modo, España permitió a Alfonso Reyes formular no sólo los horizontes de la actividad literaria, sino también la base de lo que podrían ser los temas y los ámbitos en los que después se interesaría en su crítica literaria, quien “(...) supo ver más allá de los juicios contemporáneos y plantear cuestiones capitales que sólo años después han sido estudiadas”¹⁴. De tal manera que, como señaló el mismo Manuel Alvar, Alfonso Reyes sabía mucho de la “literatura sabia” de su tiempo y de otros tiempos antes de llegar a España,¹⁵ y en esa onda el poeta decidió viajar a España para fundar las bases de su obra literaria en la península, en el origen del mundo hispánico, para dar trascendencia a su poética no sólo en el mundo cultural

¹⁴ Sofía Carrizo Rueda, “Reyes y la literatura española entre el *Cid* y Nebrija”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, complementario 4, Octubre, 1989, pág., 77.

¹⁵ Cfr. Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, pág., 963.

al que pertenecía, sino también en el Hispanismo como orbe universal gracias a la presencia del imperio español en los distintos continentes del mundo.

Este interés por lo hispánico, que otorgó la dimensión general por universal a las ideas estéticas y a la poética de Alfonso Reyes durante su estancia en España, hay que entenderlo, también, en el marco de su amistad que será de por vida con sus compañeros en las tareas filológicas del Centro de Estudios Históricos: y así los citados arriba y otros autores como Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio García Solalinde, Justo Gómez Ocerín, Enrique Díaz Canedo; de su colaboración junto con Velasco y Acebal en la colección clásica de “La Lectura”¹⁶; y de su unión con José Ortega y Gasset que lo asoció “primero al semanario *España*, después a *El Imparcial* y, finalmente, a *El Sol*”¹⁷. Además de los Centros de Investigación y Literarios ya mencionados, sobresale el valor de su vecindad y compañerismo con Don Ramón del Valle-Inclán en el barrio de Salamanca y precisamente en el café Regina donde organizaban sus frecuentes tertulias¹⁸, nombres entre tantas personalidades e instituciones españolas que, por decirlo con Rosario Rexach: “(...) no sólo pretenden ilustrar las finas calidades espirituales de Alfonso Reyes, sino señalar los contactos intelectuales que hizo en Madrid y que le dieron un saber de primera mano sobre el oficio al que dedicaría su vida”¹⁹.

Y, efectivamente, la década de Reyes en Madrid supone un momento clave en su vocación literaria debido a los nuevos horizontes que le abrieron los intelectuales españoles, en medio de numerosas “penas”, principalmente, la Revolución de 1910 en México y la muerte trágica de su

¹⁶ Cfr. Alfonso Reyes, *Las vísperas de España*, en: *Obras Completas*, Tomo: II, *op. cit.*, pág., 42.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibid.*, pág., 43.

¹⁹ Rosario Rexach, “Vivencia y experiencia literarias en Alfonso Reyes”, *l. c.*, pág., 523.

padre, que venía arrastrando su pasado inmediato vinculado a su vida en la capital mexicana. Esta transformación en el entorno social introduce en la espiritualidad del yo poético un nuevo dinamismo que nace de la soledad del poeta actuando como elemento positivo y liberador, frente a las barreras y la negatividad que interpone el mundo de lo público y social:

*Lucero que dilatas la pupila
en el abrigo de la sombra pura:
eres quietud y soledad segura,
y en olvidado mar nave tranquila.*

*Oh, ¿cómo solitario resplandeces?
¿Cómo tan solo, cómo tan severo,
si tan radioso y fúlgido pareces?*

“Lucero”²⁰

A partir de entonces, la estancia de Alfonso Reyes en España, para muchos estudiosos de su obra literaria, como Rosario Rexach, vendría a ser sinónimo de un trayecto “(...) en vía de alcanzar su plena madurez y brillantez”²¹. Asimismo, la vocación literaria de Alfonso Reyes llegó a su punto álgido en Madrid gracias a sus compañeros y maestros españoles de la escuela filológica de Ramón Menéndez Pidal, lugar que le deparó nuevos contactos y amistades con otros maestros de disciplinas afines como Asín Palacios, García Villada o Sánchez Cantón, entre otros; además de su reconocimiento de los extranjeros que, en el Madrid de aquél entonces, se encontraban²².

La lucidez del poeta empieza a cobrar cuerpo en obras que ya definen el carácter y el pensamiento del poeta como *Visión de Anáhuac*, de

²⁰ Alfonso Reyes, “Lucero”, Madrid, junio, 1917, en: *Constancia poética, op. cit.*, pág. 74.

²¹ Rosario Rexach, “Vivencia y experiencia literarias en Alfonso Reyes”, *l. c.*, pág., 523.

²² En los primeros momentos posteriores a la inauguración de la Escuela de Filología de Ramón Menéndez Pidal se encontraban entre los colaboradores: «Pedro Henríquez Ureña, Francisco Antonio de Icaza. Federico de Onís fue el introductor; el joven Alfonso Reyes se incorporó a las tareas y trabajó con ahínco.» Cfr. Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, pág., 966.

1915, el primer libro que le daría fama más allá de las fronteras patrias, como subraya Rosario Rexach, “sin duda estimulado por el aire fino de la meseta castellana”²³; la edición del *Libro de buen amor* y el redescubrimiento, junto con Menéndez Pidal, de la ruta del Arcipreste de Hita en la Sierra de Guadarrama²⁴; la publicación del libro *Cuestiones gongorinas*, de 1927; entre otros ensayos y reseñas relativas a la tradición clásica y la literatura popular española. Ello le deparó un continuo aprendizaje y una “reiterada lección de humanidad”, en términos de Manuel Alvar²⁵; pero también se trataba de un ámbito de inspiración intelectual que producía en el poeta un compromiso, arraigado en la tradición popular, que denunciaba cualquier mirada deshumanizada o que dividiera, según el criterio de Amancio Sabugo Abril: “la intuición feliz de las raíces populares «humaniza» al erudito Alfonso Reyes, y le aparta del «intelectualismo» donde vienen a dar aquellos humanistas sin sensibilidad. Reyes bebía en los libros; pero también en las fontanas donde mana y germina la transparente cultura popular”²⁶.

Asimismo, la exaltación de la cultura popular y la tradición clásica de España en la obra de Alfonso Reyes, se complementa con los estudios y las investigaciones sobre la sociedad, la literatura y la lengua que iban publicando sus maestros ya citados, como Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, entre tantos que hemos nombrado, con quienes convivía en las diferentes Instituciones culturales y de investigación de Madrid. De tal manera que algún estudio de Américo Castro sobre los arcaísmos de «El habla andaluz»²⁷, no sólo lo acercó a la

²³ Rosario Rexach, “Vivencia y experiencia literarias en Alfonso Reyes”, *l. c.*, pág., 523.

²⁴ James Willis Robb, “Alfonso Reyes, Tomás Navarro Tomás y El Centro de Estudios Históricos”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Tomo: XXXVII, Nº 2, México, El Colegio de México, 1989, pág., 604.

²⁵ Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, pág., 967.

²⁶ Amancio Sabugo Abril, “La vocación literaria de Alfonso Reyes”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Complementario: Nº 4, Octubre, 1989, pág., 27.

²⁷ En 1924, Américo Castro publicó su libro *Lengua, enseñanza y literatura* donde se entiende la postura de muchos de los científicos y los investigadores acerca de su “antiandalucismo”. Manuel Alvar recoge

tierra de la mayor parte de los jóvenes españoles del “Grupo del 27”, con quienes se identificó y consumó el proyecto que hizo posible la formación de dicho grupo, sino que también hizo posible el viaje del poeta a Andalucía, donde no dejó pasar la oportunidad sin escribir sobre los paisajes naturales de Sevilla, que le evocan y recuerdan hasta su propia casa de Monterrey, según aparece en sus *Rumbos cruzados* de 1925²⁸, o también según recuerda a su propia tierra desde el exilio en estos versos del poema *Glosa de mi tierra*:

*Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.*

*Aduerma el rojo clavel
o el blanco jazmín las sienas;
que el cardo es sólo desdenes,
y sólo furia el laurel.
Dé el bonacillo su miel,
y la naranja rugada
y la sedienta granada
zumos y sangre —oro y rubí;
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.*

“Glosa de mi tierra”²⁹

Sin embargo, esta vinculación entre lo español y lo mexicano (lo americano), producía también contradicciones entre sus partidarios; así Pedro Henríquez Ureña y su visión de que ante tanta diversidad de «clima», de «población», de «lenguas indígenas», de «grados de cultura», de

esta idea y agrega que «a América podrían haber pasado los arcaísmos, no por castellanos de Castilla, sino por castellanos de Andalucía» Véase: Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, pág., 968.

²⁸ Alfonso Reyes, *Rumbos cruzados*, en: *Obras Completas*, Tomo: II, *op. cit.*, pág., 206. También, Manuel Alvar cita la fascinación de Alfonso Reyes por Sevilla y Andalucía en su artículo “Alfonso Reyes y España”. Véase: Manuel Alvar, “Alfonso Reyes y España”, *l. c.*, págs., 968.

²⁹ Alfonso Reyes, “Glosa de mi tierra”, Madrid, agosto, 1917, en: *Constancia poética*, *op. cit.*, págs. 74-76.

«fonética y morfología» que se da en la fisonomía y la geografía americana, se fracasa ante la similitud puramente emocional o «la generalización más frecuente: el *andalucismo* de América»³⁰. Por eso, como corroborando la opinión de su maestro del Ateneo de la Juventud, Reyes por mucho que admira España y la forma de ser de los jóvenes españoles, no puede disimular los rasgos distintivos de lo mexicano y las características de su propia tierra, lamentándose satíricamente sobre España por su condición de expatriado:

—*Quéjome, España, de ti.*
—*¿De mí, Coridón, por qué?*
—*Tiempo ha que desembarqué,*
Y nunca he cobrado aquí
Lo que en mis playas dejé.
—*¡Ay Coridón, Coridón,*
que en el lejano Catay
buscas lo que sólo hay
adentro del corazón!

“*Las quejas*”³¹

Esta búsqueda eterna de lo ausente implica la construcción de una visión totalizadora del hecho literario hispánico, a través del redescubrimiento de los arcaísmos de la lengua española antigua, como uno de los aspectos fundamentales del quehacer literario, según desarrolla el propio Reyes en el capítulo “Antonio de Nebrija”, que integra el libro *Retratos Reales e imaginarios*³². De tal manera que el redescubrimiento de los orígenes de la lengua española para restaurar las bases del concepto de la literatura, como un hecho total, se involucró con los medios de la producción y la difusión de la cultura española como las editoriales y sus

³⁰ Cfr. Pedro Henríquez Ureña, “Observaciones sobre el español de América”, *Revista de Filología Española*, N° VIII, 1921, págs., 358-359, (357-390).

³¹ Alfonso Reyes, “Las quejas”, Madrid, octubre, 1917, en: *Constancia poética*, op. cit., págs. 76-77.

³² Cfr. Alfonso Reyes, “Antonio de Nebrija”, en: *Retratos reales e imaginarios*, op. cit., 1984, págs., 33-41.

colecciones «Lectura», «Cuadernos literarios», «Calleja», «Espasa» y «Biblioteca Nueva»; los periódicos y los semanarios *España*, *El Imparcial* y *El Sol*; y las revistas como *Revista de Filología Española* y, sobre todo, la revista *Índice*, dirigida por Juan Ramón Jiménez, donde Alfonso Reyes consiguió colaborar y conocer más de cerca a los escritores y los poetas españoles jóvenes como Federico García Lorca, José Bergamín, Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Antonio Espina, Rafael Alberti, Luis Cernuda, etc.; es decir, toda una gama de escritores con quienes compartió el proceso cultural, ideológico y estético en 1927 en el homenaje a Góngora que daría el nombre a la “Generación del 27”³³.

Ahondando en este panorama literario, estético y poético, alcanzado durante estos tiempos en España, Reyes percibe signos de plenitud en la mayoría de los jóvenes españoles, considerándoles maestros de sus «altas conquistas» como el amor y el cuidado de la cultura, el respeto de la persona y la libertad de pensamiento. Estas virtudes que asimismo adquirió el poeta como un lugar de *paideia* (o, en términos de José Emilio Pacheco: “(...) la educación que completa al ciudadano fuera de la escuela, en el ágora, en la frecuentación de la gente, en la charla que a veces sustituye con ventaja al libro”)³⁴; fueron las primeras bases de un diálogo fructífero entre quienes se entendían y promovían el poema, la literatura y la cultura como diálogo. En este sentido, la tendencia a la eliminación de barreras, a unir lo individual y lo colectivo, tanto en Madrid como en México, está

³³ El motivo de la formación de la llamada “Generación del 27” es la celebración del tercer centenario de la muerte de Don Luis de Góngora, en que Alfonso Reyes ha tenido que participar gracias a sus trabajos gongorinos, como los ensayos “Sobre la estética de Góngora”, “Sabor de Góngora”, la “Edición del *Polifemo*” y el libro *Cuestiones gongorinas*. En una carta del 27 de enero de 1927 que firmaron Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Federico García Lorca y Rafael Alberti, invitaron a Alfonso Reyes para asistir al homenaje de Don Luis de Góngora. Cfr. Rafael Gutiérrez Girardot, “Alfonso Reyes y la España del 27”, en: Guadalupe Fernández Ariza (Coord.), *Literatura Hispanoamericana del Siglo XX: Mimesis e iconografía*, Málaga, Servicio de publicaciones de la Universidad de Málaga, 2003, pág., 24.

³⁴ José Emilio Pacheco, “Alfonso Reyes en Madrid (1914-1924)”, en: RANGEL GUERRA, Alfonso, *Alfonso Reyes en Madrid: Testimonios y homenaje*, op. cit., pág., 19. Este discurso de José Emilio Pacheco fue pronunciado en una síntesis de la conferencia dicha en el Ateneo de Madrid el 3 de junio de 1985 a la ocasión de un seminario-homenaje dedicado a Alfonso Reyes.

asociada, desde el punto de vista de Alfonso Reyes, con lo que Mario Valdés denominaba la «función comunal» o la «comunidad del artista»³⁵, capaz de introducir cambios en las distintas esferas de la realidad circundante, condicionando las conciencias a modos de compromiso o también de soledad:

*Ya rompes, mandolina de lamentos,
gotas de trino salpicando al prado,
y revuelcan las faldas de los vientos
el oro fatigado.*

*En el crepúsculo del año, canta,
Ceñida de violetas la garganta.*

.....

*El listado melón desaparece
Entre racimos como de corales,
Y es una mandolina que florece
Perezosa entre sueños vegetales.*

“La mandolina del otoño”³⁶

La imagen caduca de la realidad, que transmiten los versos de este poema, refuerza metafóricamente el papel de los intelectuales y los universitarios sobre los cuales cae el peso de tomar la iniciativa para salvar lo salvable de la herencia acumulada, en función de su validez en el presente y con la finalidad de configurar otro imaginario posible del porvenir. Por eso, todos ellos comparten, junto con el propio Reyes, el espíritu universitario y asociativo de un grupo que definían José Emilio Pacheco y Pedro Laín Entralgo como una “(...) generación española e hispanoamericana plenamente universitaria. (...), la primera que tiene

³⁵ Cfr. Mario Valdés, “Leyendo a Alfonso Reyes: el pasado hecho presente”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Tomo: XXXVII, N° 2, El Colegio de México, 1989, págs., 649-664.

³⁶ Alfonso Reyes, “La mandolina del otoño”, Madrid, 1917, en: *Constancia poética, op. cit.*, pág. 78.

como norma la precisión intelectual y se ve a sí misma como un conjunto de trabajadores universitarios más que como una serie de hombres de letras en el sentido tradicional”³⁷.

Sin embargo, ni el propio Reyes, ni los miembros de la llamada “Generación del 27”, se mostraron completamente dispuestos a seguir con las mismas ideas poéticas de sus predecesores o los autores del 98. De este modo, la crítica empieza a predominar en los diálogos entre los jóvenes y los maestros, dando lugar también a formas de autocrítica que introducen en el discurso lírico un tono dialéctico enriquecedor de las distintas poéticas y sus miradas al mundo, como subraya Alfonso Reyes en su libro *Cartilla moral*: “Aquí, como en todo, la naturaleza y la educación se completan. Donde falta la materia prima, no puede hacerse la obra. Pero tampoco puede hacerse donde hay materia y falta el arte”³⁸.

Y la propia autoconciencia que el poeta desarrolla en España, le permite confrontarse con las corrientes líricas coexistentes, depurando con ello su actividad creadora. En lo fundamental, su poesía se sitúa dentro de los dos grandes polos o tendencias durante la primera parte del siglo XX en España: de un lado, la actitud que denuncia el déficit de las poéticas anteriores y presentes, y que se corresponde con la manera que se sostiene en los más jóvenes, donde se encuentra Reyes, dejando constancia de la universalidad, la historicidad o el compromiso del hecho literario; y de otro lado, el fondo de las generaciones precedentes, cuyas doctrinas estéticas, en lo principal, con su riqueza de formas y conceptos literarios, se limitaban a lo modernista o a los contextos de lo español:

*Flor de las adormideras:
Engáñame y no me quieras.*

³⁷ José Emilio Pacheco, “Alfonso Reyes en Madrid (1914-1924)”, en: Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en Madrid: Testimonios y homenaje*, op. cit., pág., 21.

³⁸ Alfonso Reyes, *Cartilla moral*, 1ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pág., 19.

*¡Cuánto el aroma exageras,
Cuánto extremas tu arrebol,
Flor que te pintas ojeras
Y exhalas el alma al sol!*

“La amenaza de la flor”³⁹

Este final ya es en vías de la invención que ha de construir un futuro del imaginario; imágenes también de irrealidad en medio de unas circunstancias donde predominaban la desilusión y las premoniciones sobre lo trágico. Se trata, pues, de un itinerario vivencial que, en un principio, aparecía positivo y vital para la condición de poeta de Reyes, recién exiliado y huido de la persecución en México; pero que, después, si se va presentando como una convivencia que le enriquece, también se le dará con altibajos de sintonía entre sus visiones y las de sus maestros. Culmina, finalmente, en un estado de plenitud e integración poética y social con los jóvenes creadores e intelectuales, cuyas orientaciones ideológicas, sociales y culturales tienden a abarcar la realidad española en sus diversas facetas, como un elemento integrador de lo universal, tal y como el propio Alfonso Reyes entendía ya la creatividad y la literatura.

³⁹ Alfonso Reyes, “La amenaza de la flor”, Madrid, 17 de octubre de 1917, en: *Constancia poética*, op. cit., pág. 78.